

REVISTA DE TEATROS.

DIARIO PINTORESCO DE LITERATURA.

NÚM. 159

MADRID 16 DE JUNIO DE 1843.

SEGUNDA SERIE.



TRABAJOS Y MISERIAS DE LA VIDA.

Dentro de pocos dias estará ya concluida esta hermosa publicacion con que el editor Boix enriquece el catálogo de sus numerosas obras. Hoy tenemos el gusto de ofrecer á nuestros lectores una de las muchas láminas sueltas que la adornan, la cual corresponde al interesante artículo intitulado: HISTORIA DE UNA NARIZ CONTADA POR UNA BOCA.

El autor ha tratado de españolizar esta bellísima obra, que tanta voga ha tenido en todos los departamentos de Francia, y el editor de ella no ha perdonado gastos para que la edicion española correspondiera á tan laudable objeto. Su impresion hace honor á las prensas del señor Boix, y tanto las referidas láminas sueltas, como la multitud de grabados que adornan el texto y lo económico del precio, recomiendan una publicacion, que no dudamos será mirada con aprecio por todos los amantes de nuestra literatura.

LA RUEDA DE LA FORTUNA.

V.

LOS DOS AMIGOS.

—No está mal combinado, dijo Bernardo á Remond en el instante en que despues de atravesar con la posible precaucion parte del bosquecillo se detuvieron en una plazoleta, delante de un cenador. Si no mienten los informes

adquiridos, debe haberse refugiado á este sitio. Nunca me he fiado de esa bruja de nodriza, que os tiene mala voluntad; no hay medio de que se interese por nosotros: ya no se halla en edad de consentir en que la hagan la corte, ni de revelar secretos á un galan; y, como dijo el otro, no hay virtud mas sólida que la que no puede ser atacada. ¿Es este el punto en que dejásteis á la señorita Richome?

—Si, pero estoy seguro de que nada sabia, pues es incapaz de tanto disimulo. No hemos tratado sino de la carta que se ha recibido de España, y probablemente serán inútiles nuestras diligencias; pero poco importa, estoy resuelto á no irme de aqui hasta que amanezca, si preciso fuere.

—No creo que necesiteis aguardar tanto. Por esa parte siento pasos.

—Déjame solo.

Bernardo se retiró detras del cenador: cada vez se oía mas cerca el ruido: eran los pasos de un hombre que caminaba despacio y en puntillas. Vernon se dio á diez pasos de distancia, y delante de Mr. Remond.

—Ya están en su puesto, dijo creyendo estar solo; á haberlo sabido, ya hubiéramos marchado. ¡Qué largo se me va á hacer el tiempo!

—¡El es! dijo para sí Remond que conoció su acento.

A pesar de los esfuerzos que hizo para contener su emocion, se apoderó de él un temblor nervioso: tendió su mano y se apoyó en la puerta del cenador. Por leve que fuese este movimiento lo percibió Vernon.

—¡Alguien anda por aqui!... y paseó sus miradas al derredor; mas la oscuridad era tan densa, que no pudo distinguir ningun objeto. Ambos permanecieron inmóviles por espacio de algunos minutos, ocupados de una misma idea, la de reconocer el punto en que se encontraba un enemigo invisible para prevenirse á dar la primera acometida. Ignorando quien fuese su adversario, solo le detenía á Vernon el recelo de dar el golpe en vago, mientras que Remond sentia decaer su resolucion de instante en instante, turbándose á la idea de un homicidio. Al fin le venció el remordimiento, y para evitar la posibilidad de un crimen, dijo sin que intentase fijar la voz:

—¿Quién va? Al principio no le responde nadie, y repitió su pregunta añadiendo:

—Hablad, quien quiera que seais. ¿Qué buscáis en este sitio y á estas horas?

—¡Pablo! ¡Si no me engaño esta es la voz de Remond!

—¡Vernon! exclamó este como si no le hubiera conocido hasta entonces.

—¡Dame esos brazos, Pablo, dame esos brazos!

Permanecieron de este modo el uno lleno de alegría y de confianza, y el otro violento pero ya barto culpable para no hacer traicion completa á una amistad ya estinguída en su pecho. Encontrábase dos amigos separados á la sazón por una pasion de igual vehemencia. Habiéndole encargado Vernon al tiempo de su fuga que velase por Emilia, á quien aun no conocia, no habia cedido al amor que esta le inspiró

sino despues de luchar consigo mismo. Mil veces habia meditado que su conducta era infame que se olvidaba villanamente de sus mas santos deberes; pero habia llegado á una edad en que las pasiones adquieren una fuerza irresistible, sino se las sofoca en su origen, y avergonzándose de si propio, habia abandonado sus asuntos que le llamaban á Marsella. La mision de que Vernon le habia encargado, exigia prudencia; era preciso un pretexto para introducirse en casa de madama Deneg; la casualidad se lo proporcionó; pero nada dijo, y sacó para sí provecho de los servicios que pudo prestar á tía y sobrina, por medio de sus relaciones.

Poco á poco se habituó á la traicion. Todas las facultades de su espíritu enérgico y obstinado se habian reconcentrado para dar cima á una sola idea, la esperanza de ser esposo de Emilia á todo trance. La imprevista vuelta de Vernon en el momento en que acababa de calumniarle, era un golpe terrible que amenazaba dar en tierra con aquel corazon de perfidias y de embustes. Tenia premeditaba su resolucion, mas en el trance en que se hallaba, necesitaba aguardar á que le interrogasen y medir sus respuestas por las preguntas ó reconvencciones que se le hiciesen á fin de engañarle aun mas si podia, para no verse obligado á perderle del todo, extremo que tenia, si bien no le hubiera hecho retroceder acaso.

Vernon dijo:

—Gracias á Dios que te hallo! Créi que me hubieras echado en olvido, y era otra pena mas en mi destierro: te he escrito varias veces, y ninguna me has contestado.

—Pues no he recibido tus cartas.

—¿Cómo es que te hallo aqui? ¿Sabias algo de mi venida? ¿me buscabas por ventura?

—Si, la policia ha recibido aviso.

—No dará conmigo: lo sabrás todo, porque para tí no tengo secretos. Tu presencia en esta casa me indica que tu amistad no se ha desmentido: velas por el tesoro que te confié. Gracias, amigo, gracias.

Le tomó ambas manos, estrechándolas en las suyas.

(Continuará.)

EL DUQUE DE ORLEANS,

CAPITULO III.

LA CÓRCEGA — MASCARA — CONSTANTINA — LAS PUERTAS DE HIERRO — EL CUELLO DEL TENIAH — 1835 — 1840.

(Continuacion.)

En las notas que trataban de la despedida de Port-Vendre, el duque de Orleans habia hecho mencion de una circunstancia cuyo recuerdo á él era caro; en medio de la muchedumbre que de todas partes se apresuraba para hacerle su despedida, «fui bastante dichoso, dice él, para distinguir la ventana á la que estaba mi muger, y ver el pañuelo blanco que esta agitaba.» Carlos Nodier, á quien esos rasgos de dulce sensibilidad sientan tambien, habia tenido buen cuidado de no suprimir este parrafo. «Temo que sea demasiado puéril; este ha sido

escrito para mí, y nada tiene que pueda interesar á los demas.»

Esta escena de Port-Vendre recuerda el saludo que el príncipe, en el rio de Burdeos, enviaba con la vocina al mariscal B-trraud que hacia cuarentena. Estoy aqui en Trompelout con mi muger, le vociferaba, le damos á usted la bienvenida la señora duquesa de Orleans y yo, estamos buenos.

Un año no habia trascurrido, aunque el mes de Mayo de 1840 volvia á ver al duque de Orleans en compañía esta vez de su hermano el duque de Aumale, en el desfiladero de Mouzaña, y al pie de Atlas. El duque de Aumale desplegaba el valor mas ardiente, al frente de veinte escuadrones en el bosque de Kazeras; se le vió arrastrar una emboscada de Arabes para cumplir con las órdenes de su hermano, bajo cuyo mando servia como voluntario.

En la accion del cuello del Teniah, cuya relacion ocupa, con justa razon, un lugar grande en los boletines de Africa, el príncipe Real mandaba la primera division, esta tuvo los honores del ataque y los del triunfo. El plan adoptado por el jóven general fue unánimemente aprobado; atestiguaba un conocimiento perfecto del arte militar. El duque de Orleans dividió sus fuerzas en tres columnas; á la izquierda puso al general D'Hudetot; el general Douviver ocupaban la derecha; dos obus de montaña y dos compañías de zapadores formaban el centro; detras el 23.º regimiento componia la reserva; el príncipe en medio, ocupaba el frente de las columnas de ataque, y con ese triple encuentro la posicion fue tomada.

Estaban en la cima del Atlas. Quien podria referir al entusiasmo, el reconocimiento y la admiracion de toda esa buena gente, apresurándose al rededor de los príncipes, y dando á su jefe valeroso las felicitaciones de la victoria. El Príncipe Real estuvo para sofocarlo por los apretones de los militares antiguos que le rodeaban. El regreso á Argel fue aun lleno de manifestaciones de alegria y de victoria. Entonces tambien el Príncipe Real regresó á su patria con heroicos recuerdos.

¿Porque nos falta tiempo y trecho para referir los pormenores y las hazañas que proclaman con tanto brillo el honor de nuestras armas?

La gloria y la seguridad del ejército de Africa eran los objetos de toda la solicitud del duque de Orleans. No cesaba de hablar de sus tareas y trabajos; no queria que se disminuyesen nada de los derechos que tenia á la admiracion de la Francia y al interés del gobierno; este se miraba aqui como el mandatario y el representante de los valientes que se batian en el suelo africano.

CAPITULO IV.

FONTAINEBLEAU—1837.

Porque no nos es dado prolongar los momentos de gloria y de felicidad de esta existencia tan cruelmente aniquilada; pero la fatalidad acelera estos pormenores hácia el abismo y no les permite pararse bajo la sombra que adorna el camino.

En el viage que el duque de Orleans hizo en 1836 á Alemania, vió en la corte de Berlin á la jóven duquesa de Mecklembourg, hermana del duque actual; le manifestó el mas tierno apego, al año siguiente fueron unidos.

El casamiento del duque de Orleans fué celebrado en el palacio de Fontainebleau.

El rey acababa de dar á esta residencia parte de su antiguo esplendor. Con el ausilio de los Fontaine, de los Dubrauil, de los Abel-Pujol, de los Allaud, de los Picot y de los Murich habia rejuvenecido la obra del Primatice del Rojo, de Nicolo d'ell' Albate y de Ambrosio Dubois; habia restaurado lo que los siglos remordaban en silencio entre el polvo. La galeria de Enrique II habia vuelto á ver sus pinturas táuricas y su hijo fabuloso, la puerta dorada estaba por segunda vez radiosa; la salamandre de Francisco I y el creciente de Diana resplandecian en todas partes; Alejandro el grande, sus maravillosas hazañas y sus debilidades habian tomado de nuevo posesion de la escalera del rey; la sala de los guardias, cerca del pabellon antiguo de San Luis, habia vuelto á encontrar sus pinturas al fresco herallicas; la hermosa chimenea de Enrique IV habia sido restaurada; obras del dia habian aumentado esa opulencia. Una sala inmensa, en el piso bajo, debajo de la galeria de Enrique II habia sido construida que parecia pertenecer al edificio antiguo, nuevas divisiones y apéndices habian mejorado y completado las habitaciones de los príncipes y de Ana de Austria, los que habian destinado á los segundos esposos. En fin, la galeria de Francisco I este otro prodigio del Primatice, veia llegar hasta ella esa munificencia real.

Toda la corte feliz de esa renovacion y de esas fiestas de boda á las que se ligaba la suerte de nuestro porvenir, habia acudido á Fontainebleau, los cuerpos del estado estaban alli representados.

Cuando el 29 de mayo, despues de una larga espera, entonces que los últimos rayos del sol llegaban á la asistencia real que ocupaba la azotea de las gradas, y á los rejimientos dispuestos en batalla en el patio del caballo Blanco, cuando toda esa muchedumbre brillante al frente de la cual estaba el rey y su familia, se enfadaban contra esas demoras que contrariaban tantos deseos impacientes, se oyó á lo lejos la señal que anunciaba la llegada de la novia del Príncipe Real, hubo un estremecimiento extraordinario. Se interrogaban de la vista, y cada uno aguardaba con ansia la respuesta á una cuestion que todo el mundo hacia interiormente.

En medio del ruido de las aclamaciones y de las músicas, los coches dorados se pararon enfrente de la entrada; habia algo de mágico en esa escena. Un momento habia bastado para disipar todos los temores; una aparicion jóven, alta, graciosa, sonrosada, adornada de pudor, de atractivos, se adelantaba con manifestaciones visibles de timidez y de emocion, pero sin cordedad. Esta era la princesa Elena; el duque de Nemours la condujo hacia el Rey; alli mientras que el padre tan dichoso abria los brazos á su hija, esta se arrodillaba y solicitaba la benediction de sus nuevos padres. La Reina recibió en sus brazos á la princesa que todos contemplabamos con ansia; en un momento un cambio rápido de besos y de sonrisas la habia naturalizado entre la familia real.

Las impresiones de esta primera entrevista viven aun en nuestros recuerdos; el Príncipe real tenia toda la noble hermosura que corresponde al esposo.

(Continuará.)

TEATROS.

CRUZ.

A las ocho y media de la noche. Segunda representacion de

LA COJA Y EL ENCOJIDO,

comedia nueva, en tres actos: original de uno de nuestros mas distinguidos poetas.

PERSONAJES.	ACTORES.
Adela	Sras. Perez.
Gregoria	Sampelayo.
Tomasa	Lapuerta.
Don Fabian	Sres. Lombardia.
Don Rufino	Lumbreras.
Don Silvestre	Lopez.

Boleras con la jota de la pata de cabra. Terminará la funcion con la pieza en un acto, titulada

LA MADRE Y EL NIÑO SIGUEN BIEN.

PERSONAJES.	ACTORES.
Elisa	Sras. Flores.
Doña Natalia	Sampelayo.
Don Fulgencio	Sres. Lombardia.
Carlos	Alberá.
Amadeo	Lumbreras.
Santiago	Spontoni.
Desconocido	Fernandez.

PRINCIPE.

A las ocho y media de la noche.

1.º Sinfonia de la ópera Fra-Diavolo á completa orquesta.

2.º Penúltima representacion del drama nuevo de grande espectáculo original, en cuatro actos y en verso debido á la pluma de unos de nuestros primeros literatos, titulado:

GUILLELMO TELL.

PERSONAJES.	ACTORES.
Berta	Sras. Diez.
Walter Tell	Lamadrid.
Guillermo Tell	Sres. Romea (D. J.)
Arnoldo Mectal	Romea (D. F.)
Gesler	Sobrado.
Baron Atingausen	Noren.

Walter Furtz	Perez.
Roberto	Diez.
Ulrico	Argente.
Werner	Pló.
Un capataz	Silbostri.
Arnoldo	Paris.
Roselman	Ramirez.
Un obrero	Uzelay.
Frantz	Ferna. (D. J.)
Otro obrero	Sanchez.

Obreros, pueblo, conjurados, soldados caballeros, el cuerpo de baile, acompaña miento y comparsas.

Atendida la estension del drama no puede ejecutarse ningún fin de fiesta.

IMPRESION DE BOIX.